

IV.

PALEOGRAFÍA ÁRABE.

DIFICULTADES QUE OFRECE. — SU ESTADO. — MEDIOS DE DESARROLLO.

Si la Paleografía latina y de las lenguas vulgares en la Edad Media ofrece tantas dificultades, á pesar de los libros didácticos que acerca de ellas se han publicado, y de los muchos documentos que constantemente se publican en excelentes reproducciones fototípicas, en lo referente á la Paleografía árabe, puede decirse que casi nada se ha hecho hasta hoy: es verdad que se han publicado algunas colecciones de facsímiles de escritos árabes de diferentes clases; pero el objeto que ha guiado á los autores no ha sido paleográfico propiamente tal, sino el de facilitar la lectura de manuscritos de algunos de los tipos de escritura más frecuentes, y no ha sido poco; pues las dificultades que presenta la lectura de manuscritos árabes son muchas y difíciles de apreciar.

En efecto, los arabistas nos encontramos á cada momento en compromisos á que no se ven expuestos los que cultivan otras lenguas, respecto á las cuales el público es menos exigente, por serle más fácil el comprender sus dificultades.

Los que entre nosotros cultivan las lenguas hebrea y griega, pocas veces se encuentran con manuscritos de estas lenguas, á no ser en los estantes de las bibliotecas de El Escorial ó Nacional, y parece que nadie se extraña de que el profesor ó aficionado á tales estudios no sepa leer un manuscrito griego ó hebreo, toda vez que no ha podido ejercitarse en su lectura.

Aun el que ha estudiado latín encuentra fácil disculpa ante el público, si no sabe leer un manuscrito en esta lengua; pues todos saben que hay estudios especiales para aprender á leer manuscritos antiguos, y por tanto comprenden que no tiene obligación de saber leer un manuscrito latino antiguo quien no haya estudiado Paleografía.

En cambio el arabista se encuentra en condiciones muy desfa-

vorables: á cada momento se le presentan documentos originales de la índole más variada; tan pronto es una carta ó fragmento de libro moderno traído de África como trofeo de nuestras últimas guerras con los moros del Rif ó Tetuán, como es un libro de devoción de los moriscos de los siglos xvi y xvii; tan pronto le presentan un libro español ú oriental de los siglos xi al xv, como una inscripción sepulcral ó una moneda, y á todo se cree que tiene obligación de contestar en el acto. Quizá esta preocupación del público ha tentado y hecho caer á algunos arabistas en el funesto expediente de salir del paso diciendo lo primero que se les ha venido á las mientes, ó se han devanado los sesos para darse una explicación, que nunca pudo satisfacerles.

La escritura árabe de los diferentes países y tiempos, partiendo de un mismo alfabeto, lo mismo que la escritura latina de las edades Media y Moderna, se modificó más ó menos, dando lugar á variedad de formas; éstas en la escritura latina se han ido fijando y caracterizando, y de esto han resultado variedades algún tanto fáciles de determinar por el lugar ó por el tiempo; no así en la escritura árabe, que no ha llegado á crear tipos especiales bien caracterizados, de modo que pueda determinarse á qué país y tiempo pertenece un documento árabe sólo por el carácter de la letra.

Para comprender las mayores dificultades que han de encontrarse en la sistematización de la Paleografía árabe respecto á la latina, basta fijarse en la mayor extensión de territorio en que ha dominado la lengua árabe.

Propagada ésta desde el siglo vii de nuestra era hasta hoy por la parte Norte de África y la occidental y meridional de Asia, y por gran parte de la Europa meridional durante algunos siglos, en suma, por todos los países adonde llegó la religión musulmana, puede decirse que vino á ser la lengua oficial de todos los pueblos que profesan el islamismo, por más que no llegasen á extinguirse las lenguas indígenas de África, Egipto, Siria, Persia, Turquía y la India, algunas de las cuales aceptaron para su escritura los caracteres árabes, aumentando esto los compromisos de los arabistas; pues si al ver un manuscrito con caracteres árabes dice que no está en esta lengua, parece como que tiene obli-

gación de conocer si lo escrito con tales caracteres es bereber, persa ó turco, castellano ó portugués.

Y no se crea que esto sea muy fácil: aun el asegurarse de que un escrito no es árabe ofrece bastante dificultad cuando la letra es muy mala, por la particularidad de que en la mayor parte de los escritos de esta clase se conservan palabras y fórmulas musulmanas en árabe, que uno lee con relativa facilidad, en tanto que no puede darse cuenta segura de las letras de las otras palabras, y por tanto no puede asegurar que no son árabes.

Estas dificultades no embarazan sólo á los europeos, para quienes la lengua árabe pocas veces llega á ser familiar: lo escrito en castellano pero con caracteres árabes desde el siglo xv al xvii fué un enigma indescifrable hasta principios de este siglo, y lo escrito en portugués lo ha sido hasta estos últimos años; así que nada tiene de extraño que algún manuscrito castellano fuera llevado en Argelia de una á otra parte no hace muchos años, en busca de un intérprete, hasta que se cayó en la cuenta. Tengo motivos para creer que existen en Fez manuscritos de esta clase, y que comprometen la reputación de los sabios marroquíes, quienes, no sabiendo descifrarlos, les dan una antigüedad mucho mayor, suponiendo que proceden de la Biblioteca de Alejandría, y que están escritos sabe Dios en qué lengua; alguna vez he llegado á sospechar si serán antiguos manuscritos griegos ú orientales; buen tema de investigación para los primeros europeos que consigan examinar las bibliotecas públicas y privadas del imperio de Marruecos.

Queda indicado que la escritura árabe *quizá* no ha llegado á adoptar caracteres especiales y bien marcados en los diferentes países y tiempos: creo que algo vislumbramos todos los arabistas, distinguiendo con seguridad algunas clases de manuscritos, de los cuales podemos decir sin temor de equivocarnos que son de Persia ó de Turquía y quizá de la Siria, y con más seguridad, ó mejor dicho, por carácter más concreto, podemos asegurar que son occidentales, es decir, españoles ó marroquíes, designados comunmente con el calificativo de *magrebies*; pero respecto al tiempo, creo que todos calificamos de un modo tan vago, que *nadie puede responder de no equivocarse en más de un siglo*.

Quizá parezca aventurada esta afirmación de que los arabistas no tienen medio de fijar la fecha de los manuscritos árabes con mayor aproximación de un siglo; pero no creo aventurada mi afirmación, y tengo de ello pruebas muy concretas respecto á manuscritos de El Escorial estudiados por distinguidos arabistas: no se crea, sin embargo, que al poner de manifiesto los errores de otros en este punto pretendo hacer alarde de mayor competencia paleográfica: he dedicado alguna atención á este estudio desde hace bastantes años, habiendo examinado casi todos los manuscritos de El Escorial, y si antes creía entender muy poco de esto, hoy me parece que sé menos, quizá porque conozco mejor las muchas dificultades; sólo tengo alguna pretensión de saber cómo hay que trabajar para llegar á la creación, digámoslo así, de la Paleografía árabe.

Mi querido discípulo y amigo D. Pedro Roca, en la necrología del Sr. D. Pascual de Gayangos, que está publicando en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, al tratar de las relaciones literarias del restaurador de los estudios árabes en España con el holandés Dozy, ha tenido ocasión de citar un manuscrito muy interesante del Sr. Gayangos, *la Ihata de Abenaljatib*, estudiada detenidamente por ambos orientalistas, quienes no pudieron determinar su fecha, á pesar de ver que estaba consignada en el código, pero en caracteres ó cifras numéricas, cuya clave parece que nadie conocía.

A Dozy debió de preocupar mucho esta cuestión paleográfica, y como por su gran erudición arábiga conocía cuantos elementos podían contribuir entonces á la resolución del problema, sabiendo que en El Escorial existía un código incompleto de la misma obra, dándose la coincidencia de que entre las dos constituían próximamente la obra completa, sospechó que podían ser fragmentos de un mismo código: por desgracia para nuestros estudios de historia árabe, Dozy no vió nunca los manuscritos de El Escorial, pero de éste tuvo un facsímile que, cotejado con el código del señor Gayangos, le pareció de la misma letra. Como en el código de El Escorial consta que fué copiado en el año 895, de este dato y de la idea equivocada de ser ambos de la misma mano partió para interpretar las cifras desconocidas del código del Sr. Gayan-

gos; así que, después de haber dicho en una parte que no sabía la fecha en que había sido copiado (1), más adelante, en el mismo tomo, al llegar á la impresión de la página 263, dijo que estaba seguro de que la fecha era 895 y hoy resulta que el códice fué copiado en el año 988, noventa y tres años después que el códice del Escorial.

La prueba de este aserto es muy clara hoy y nos la suministra un tratadito de 18 páginas existente en la Biblioteca del Escorial en uno de los legajos de hojas sueltas, en el que se repiten varias veces los valores de los signos ó cifras del manuscrito en cuestión.

En dicho folletito, que nos suministra las figuras de las cifras árabes antes de llegar al valor de posición, y por tanto con signos diferentes para las unidades, decenas y centenas, las unidades y decenas aparecen con los signos que constan en el códice Escorialense de Abenpascual, de los cuales publicamos un facsímile en nuestra edición (2); de las centenas no pudimos dar muestra por no llegar sus folios más que al 151; en el folleto indicado las cifras de los números 800 y 900 resultan muy parecidos á una omega griega, con la sola diferencia de que la cifra de 900 tiene en la parte inferior un rasguito como una *coma al revés*, y la cifra de 800 tiene el mismo trazo como *una coma*; de modo que no cabe duda de que el signo que representa la centena en el códice en cuestión, equivale á 900: la decena está representada por la misma figura de la *omega*, cuyo trazo de la izquierda tiene un rasgo en la parte superior, lo mismo que en nuestro facsímile de Abenpascual; la unidad podría ofrecer duda si la estudiamos sólo en su figura, por ser muy parecidas las cifras del 8 y 9, como puede verse en nuestro citado facsímile; pero no cabe dudar teniendo en cuenta la indicación de haberse concluido la copia el *miércoles seis de safar*, indicación que resulta exacta aplicada al año 988, no al 989.

¿Resultará de esto que el códice de la Ihata de Abenaljatib,

(1) Pág. 169 del tomo II. *Loci de Abbediáís*.

(2) Biblioteca Árábigo-hispana, tomo II, pág. x.

existente en el Escorial, sea de la misma fecha y que se equivocara Casiri al anotarla? No; Casiri leyó y anotó bien en este caso: Dozy alucinado creyó ver la misma mano en dos manuscritos de fechas muy diferentes, y este fué su error.

Si Dozy hubiera visto ambos códices, es seguro que al momento hubiera comprendido que no eran fragmentos de un mismo ejemplar, ya que el papel, el tamaño, el número de líneas por página y lo alto y ancho de la superficie escrita son muy diferentes; así que, aun antes de estudiar los dos códices con motivo de esta cuestión, fijándonos en las notas que con otro motivo habíamos tomado respecto al número de líneas por página y del alto y ancho de lo que podríamos llamar la caja, teníamos seguridad de que no correspondían á un mismo ejemplar.

Recientemente he cotejado la forma de letra de uno y otro códice y creo que aunque fuesen de la misma fecha podría asegurarse que no eran de la misma mano por la manera especial del trazado de algunas letras, si bien en cambio hay otra ú otras, que presentando una figura no muy frecuente, tienen bastante parecido; á primera vista y en conjunto no encuentro nada que exija diferente mano ni mucho menos que indique la diferencia de un siglo entre una y otra copia.

Como los trabajos de Dozy á que nos referimos, datan ya de medio siglo, podría creerse que en el transcurso de este tiempo habrá variado mucho el estado de los estudios de Paleografía árabe: algo se ha hecho, pero poco; y la prueba indirecta la tenemos en los mismos manuscritos del Escorial, algunos de los cuales que tienen la fecha de su copia en las mismas cifras á que nos hemos referido antes, unas veces resultan bien leídos por Casiri y Derenbourg y otras de un modo erróneo por el uno ó por ambos; pues este último, en su obra *Les manuscrits arabes de l'Escorial* á menudo se separa de la lectura de Casiri; y no decimos esto haciendo cargos al distinguido arabista, nuestro muy querido amigo; citamos los hechos como prueba de que hoy se sabe muy poco de Paleografía árabe, ya que los más entendidos se equivocan en la antigüedad de uno ó más siglos, y como indicio al mismo tiempo, de que por la sola inspección de la figura

de las letras será muy difícil poder fijar de un modo bastante aproximado la fecha de la *escritura de un manuscrito* (1).

Así el códice 248 del Escorial ha sido apreciado de una antigüedad muy diferente por Casiri y Derenbourg; el primero dice que está copiado en el año 639, y el segundo lo cree del año 970, cuando en realidad debe leerse *año 969*, en el cual resulta efectivamente que el *17 de safar era lunes*, como se dice en el colofón.

La misma discrepancia de tres siglos resulta respecto al manuscrito núm. 83, que Derenbourg, con Casiri, supone del año 678, aunque indicando duda, y que nosotros atribuimos al 964 (2), si bien hay que advertir que la indicación de haberse terminado la copia *el jueves ¿8? (¿ó 9?) de chumada ¡primero!*, que consta también con las mismas cifras, no resulta exacta; resultaría bien si leyésemos *chumada postrero ó segundo*.

Si la Paleografía árabe, al menos con relación á los manuscritos, está por crear, ¿qué deberemos hacer los arabistas para orientarnos en este estudio, ya que en muchos casos nos es forzoso para apreciar el valor de un texto fijar aproximadamente al menos su fecha, y que muchas veces los medios de la crítica puramente histórica son insuficientes ó dan escasa luz, como sucede, por ejemplo, cuando el libro no tiene título ni nombre de autor, y su contenido, por citar pocos nombres y fechas, poco ó nada concreta el tiempo en que fué escrito?

Lo más natural, y al parecer hoy bastante fácil por los procedimientos fototípicos, es la reproducción de muchos manuscritos de fecha segura que puedan servir de punto de partida para la determinación de las figuras que las letras hayan tomado en los diferentes períodos y para fijar signos auxiliares externos que se hayan empleado en la escritura en diferentes países y tiempos.

(1) Hacemos esta salvedad porque en las inscripciones lapidarias y en las monedas la Paleografía árabe, al menos en España, quizá no sea tan vaga.

(2) Tenemos el propósito de publicar un trabajo especial acerca del uso de las cifras árabes según resulta de los manuscritos del Escorial y de los de la Real Academia de la Historia, en cuyo trabajo habrá de incluirse en reproducción fotolito-gráfica el manuscrito mencionado, base de este estudio; por si no llegáramos á poderlo publicar, conste que figura en el legajo núm. 1.933, envoltorio *delta*.

Este procedimiento, que parece tan natural y sencillo, difícilmente sería suficiente, y de todos modos, como no es fácil que pueda emprenderse por un particular, dado el corto número de los que en ello tenemos verdadero interés, es seguro que pasará largo tiempo sin que por este medio se satisfaga de algún modo esta necesidad.

Las corporaciones ó establecimientos científicos que tienen número algún tanto considerable de manuscritos árabes, y que indudablemente son quienes más interés pueden tener en esto, podrían en poco tiempo y sin gastar dinero subvenir en gran parte á esta necesidad literaria.

Forme cada una de ellas un album, en el que se coleccionen por orden cronológico hojas de diferentes manuscritos y dentro de muy poco tiempo tendrán sus bibliotecarios y arabistas grandes y valiosos elementos para el estudio de la Paleografía, cuales no se reunirán en mucho tiempo ni quizá sea posible de otro modo.

Para el estudio de la Paleografía árabe uno de los elementos externos más importantes y característicos es la calidad y el aspecto del papel, y de esto dudamos mucho que pueda darse idea cabal por ninguna descripción, por detallada que sea; podrá darse idea de las marcas, cuando el papel las tenga, lo que sucede pocas veces; pero de su aspecto y textura sólo *de visu* podrá uno formarse idea; los que no hayan tenido ocasión de hojear muchos manuscritos difícilmente crearán la gran variedad que resulta en el aspecto del papel en los siglos medios; y se comprende, pues aun los bibliotecarios y archiveros que hayan tenido que estudiar algún tanto los manuscritos de su establecimiento, á no ser en los de primer orden, habrán visto algún centenar de ellos españoles, en latín, castellano ó catalán, y muy pocos ó ninguno procedentes de otros países, á no ser de Italia y Francia, cuando en cualquier colección de manuscritos árabes los hay procedentes de España, Marruecos, Túnez, Egipto, Turquía, Siria y Persia, y por cierto que algunos papeles de esta última procedencia, por su satinado, homogeneidad y delgadez, y hasta por sus delicados colores, podrían parecer de fabricación moderna europea.

Bien sé yo que la idea de arrancar una sola hoja á un manus-

crito árabe, siquiera no hubiera de hacer más que pasar á otro punto de la misma biblioteca, habrá de parecer una profanación á cuantos ven en cada hoja de un manuscrito árabe un enigma y un tesoro que es preciso reservar íntegro para las generaciones venideras, si antes no se les antojan á las polillas y ratones; pero á pesar de tales anatemas creo manifestar más interés por ellos, procurando que se estudien, aunque se deterioren, que conservándolos en vitrinas, que los preserven de toda contingencia ordinaria.

Cuantos conocen por cuenta propia los libros árabes saben que más de la mitad de los manuscritos de esta clase están incompletos ó pertenecen á obras ya publicadas ó comunes en las bibliotecas; de aquí que á un libro que se vendería en 20 pesetas en una subasta, teniendo 200 hojas, y faltándole 10, porque se le arranque una más, no habrá perdido mucho de su valor; supongamos que se trata de un manuscrito precioso é íntegro del Alcorán ó de una obra de la cual se conozcan varios ejemplares, como los hay en buen número; cuando tales libros se venden en subasta, hoy nadie piensa en dar por ellos 500 pesetas, de modo que tampoco sería grande la rebaja de precio que alcanzaría en el supuesto de que hubiera de venderse, cosa que no hay que suponer respecto á los libros que pertenecen á bibliotecas del Estado; supongamos, por fin, que en el album cuya formación propongo, conviniera incluir una hoja de un manuscrito, único é importante, y aun admitamos que sea precioso é íntegro, yo sin ningún escrúpulo lo mutilaría; pues si el códice perdía algo de su valor en venta, del valor real perdía poco ó nada, si se dejaba copia de lo separado, ó se indicaba, y en cambio el album ganaba mucho en importancia.

No quiero dejar de observar que, en mi sentir, en el album no sólo debertan ponerse hojas de manuscritos fechados, sino de todos los que tuvieran alguna particularidad muy marcada, bien por el aspecto del papel, como hay algunos, bien por el carácter de la letra ó por otro motivo; pues aunque la hoja en cuestión no resolviese ó fijase fecha alguna, podría tener gran utilidad para compararla con otras del mismo aspecto.

Es más: si las bibliotecas que tienen manuscritos árabes acep-

tasen la idea de formar un album ó colección de hojas de manuscritos fechados y especiales, todas reportarían gran ventaja ampliando su colección con cambios llevados á cabo con otros establecimientos, ya que, como queda indicado, muchos manuscritos, por ser textos comunes y quizá impresos, valdrían más por una hoja recibida á cambio para la colección paleográfica que por el conjunto conservado como cuerpo independiente.

Madrid, 23 de Septiembre de 1898.

FRANCISCO CODERA.
